

gua francesa, ya que no hay nadie que lo haga en castellano.

Porque, en efecto, hoy por hoy, no existe en Madrid un solo crítico de actualidad. Clarín ha enmudecido; González Serrano no examina sino producciones filosóficas; la señora Pardo Bazán se cansó de gastar dinero inútilmente en publicar el *Teatro Crítico*; Unamuno no logrará nunca que le trasladen á Oviedo, y Valbuena piensa más en su distrito que en la literatura.

Así, ¿á quién mandar nuestros libros? Cada vez que publico uno, me lo pregunto: ¿Á quién mandarlo? — Don Juan Valera es muy amable y nunca deja de escribirnos una carta hablándonos de los refinamientos sexuales del rey Asuero; otros hacen lo propio, y en esquila ó tarjeta nos dicen que tenemos muchísimo talento. Pero no sólo de bombos privados vive el hombre. También necesitamos que nos digan en público que somos grandes artistas, ya que no todos nos sentimos capaces de ponernos en ridículo hablando de nuestras propias obras literarias.

¿A quién mandar nuestros libros? Yo tengo dos en prensa; una colección de cuentos que con el título *Tristes Idilios* va á publicar la *Biblioteca Diamante* de Barcelona, y una novela que se llamará *Maravillas*, y que aparecerá pronto en Madrid. Ambos serán admirables como es natural; pero ¿quién me lo dirá?

...] Verdaderamente es necesario que la crítica española se reorganice antes de que mis libros aparezcan !...

*
* * *

MARTES. — Luis Bonafoux me escribe lo siguiente:

« Querido: El señor Kasabal — y ya sabe usted quien es Kasabal — ha dicho en Madrid que la señora Pardo Bazán vendrá á París á dar una conferencia sobre *La España de ayer y de mañana*. Pero lo importante no es la conferencia con que se nos amenaza, sino que, según dice Kasabal, tales conferencias se pagan espléndidamente, abonándose también á los extranjeros conferencistas el viaje de ida y vuelta y dándoles en París hospitalidad en una lujosa casa.

» Como nuestro amigo Lapuya es uno de los españoles que han tomado parte en esas conferencias sin que nadie se las pague espléndidamente, sin cobrar ni siquiera el tranvía y sin pedir hospedaje gratis en casa de la señora Doumic, le ruego que me haga usted el favor de decirle lo que ocurre para que recabe sus derechos de predecesor conferenciante de doña Emilia. — Suyísimo — Luis Bonafoux ».

Lapuya por su parte me escribe: « Amigo Carrillo: ¿Qué me cuenta usted? ¿Que Bonafoux ha descubierto que tengo derecho á reclamar casa, comida, ferrocarril y dinero por mis conferencias en la Sorbona? Pues descubra usted el lugar en donde todo eso se cobra y le daré el 20 por 100 de mis beneficios y de mi comida. — Hasta mañana — I. López Lapuya ».

Ruego, pues, encarecidamente á Kasabal que me

proporcione los datos necesarios para saber en dónde se cobran las conferencias espléndidamente pagadas. Me va en ello el 20 por 100. Y á él le va la palabra de honor periodístico.

*
* *

MIÉRCOLES. — Leyendo esta mañana los últimos sonetos de Henry de Regnier, he notado que en París los poetas evolucionan de modo casi opuesto á los poetas españoles. Aquí, en efecto, los artistas que tienen verdadero talento, pueden comenzar escribiendo poemas oscuros y estudios vacíos de ideas y llenos de palabras raras; pero al llegar á la edad en que la plena posesión de las facultades es natural, se vuelven más sencillos y más claros. Los cerebros franceses caminan hacia la luz y no hacia las sombras.

Jean Moréas fué simbolista á los veinte años y descubrió á Mallarmé, luego fundó la escuela romana y descubrió á Homero. Hoy, ya sin etiquetas y sin tratar de descubrir á nadie, es un gran poeta y un cronista sencillísimo. Y lo mismo que del autor de *Cantilènes*, podría decirse de los demás. Los que leyeron las primeras poesías de Regnier deben compararlas con el siguiente soneto:

Le vent brusque, en l'ouvrant, souffla ma lampe haute;
Mais j'ai vu ton visage et je sais que c'est toi;
Viens vite sur le lit que deux corps font étroit:
L'amour va doucement nous coucher côte à côte.

Non, ne rallume pas la lampe, ô mon cher hôte!
Je sais quel voyageur j'abrite sous mon toit;
Sois patient, ne gronde point, écoute-moi
Délacer lentement ma sandale que j'ôte.

Ne sens-tu donc que l'heure amoureuse est venue
Où peu à peu pour toi j'achève d'être nue?
Mais laisse encore qu'avant de m'étendre en tes bras

Mon geste ténébreux sans ombre sur le mur,
Au nocturne miroir où je ne me vois pas,
Passe un peigne invisible en mes cheveux obscurs.

Entre nosotros sucede lo contrario. Los poetas que al principio son claros y elegantes, alambican luego sus estilos poéticos, y dominados por el demonio de la vanidad, se vuelven demasiado solemnes al cabo de algunos bombos. ¿No cree usted lo mismo, querido Rubén?

*
* *

DOMINGO. — Hace seis ú ocho años, cuando Ivette Guilbert comenzaba á decir, ante el público de los Campos Elíseos, sus canciones ingenuas y perversas, sensitivas y escépticas, los cronistas del Boulevard creyeron ver en ella un astro futuro del gran teatro.

— Tú serás reina — la dijeron.
Y dirigiéndose luego hacia la divina Rejane:
— Ivette será reina y será la Reina — la dijeron.

Pero las hadas de la prensa son generalmente malas hadas, y sus promesas de reinado no sirven por

lo común sino para proporcionar la vida de gloria efímera que el crédito de la verdadera gloria proporciona.

¡ Cuántos y cuántos poetas, famosos antes de publicar sus obras, dejan de serlo una vez el primer libro impreso ! ¡ Cuántos y cuántos autores dramáticos no han saboreado la voluptuosidad del triunfo, sino durante los días que separan el anuncio de sus piezas de la noche del estreno !

Entre los artistas, los actores son los que más violenta y más cruelmente conocen la suprema vanidad de las glorias prometidas. Ellos reciben los aplausos directamente. Ellos pueden cambiar, pueden mejorar, pueden reformarse. Ellos son variables é infinitos, como las almas que encarnan. Ellos se llevan consigo sus creaciones, sin dejar á la crítica sino una impresión difícilmente analizable. Las verdaderas glorias son las suyas, violentas y pasajeras.

Por eso son dichosos y por eso, en la uniformidad gris de la existencia moderna, conservan aún el prestigio pintoresco de las antiguas razas libres. Un poeta es un señor cualquiera. Un novelista es como un notario. Los escultores se confunden con los arquitectos. Los pintores parecen catedráticos. Sólo los actores siguen gozando, ante los ojos admirados del vulgo, de la leyenda bohemia que les hace aparecer sonrientes y sentimentales, galantes y desinteresados, libres é instintivos.

La tiple casada y la dama joven con hijos, son excepciones para el público. La verdadera actriz, la que hace palidecer y animarse á los ancianos, sigue siendo la Clarisa de Paul Adam, la Alice de otras cien novelas, la chica caprichosa y frívola, cu-

ya alma verdadera es tan ondulante y tan diversa como su alma de artista.

Ivette Guilbert no llegó, pues, á ser reina en los grandes teatros, al lado de Rejane. Sus dominios diminutos se redujeron siempre á esos rincones de claridad y de frescura que, por las noches de verano, se llenan de acordes y de risas en el fondo de los Campos Eliseos. Sus creaciones de invierno tampoco triunfaron jamás sino en los conciertos del boulevard de Estrasburgo, entre la Escala y el Eldorado.

Fuera de esas escenas en las cuales todas las excentricidades del gesto y todas las fantasías del monólogo tienen su apogeo, la voz de Ivette no sonó sino como curiosidad parisiense. Cantó en la Bodinière, pero cantó al mismo tiempo que Bruant, cuando Hugues le Roux explicaba, en conferencias llenas de gracia y de esnoismo, las particularidades del « arte canalla ». En las salas de otros teatros y en aristocráticos conciertos de caridad, los aplausos sólo la saludaron una vez. En el Alcázar, en cambio, y en los Embajadores, y en la Escala, y en Parisiana, su dominación habría merecido el honor de los jubileos.

Nadie, en efecto, ni Sara Bernarhd, ni Mounet Sully, ni la Duse, ni Rafael Calvo, han ejercido una dictadura tan completa en sus artes, como la de Ivette Guilbert en la canción parisiense. Antes de Sara, vivió Raquel; el recuerdo de Talma hace palidecer la gloria de Mounet; los triunfos de Vico son comparables á los de Calvo, y la Duse tiene una rival en Rejane. Al lado de Ivette, todas las Ninis Buffets callejeras, todas las Teresas clásicas, todas

las Violettes ultramarinas, todas las Barrisons escandinavas, todas las estrellas de café-concierto de antaño y de ogaño, en fin, palidecen.

...Hierática y casi inmóvil en la serenidad sonriente de su actitud, Ivette Guilbert se yergue ante el público, segura de antemano de su victoria, orgullosa discretamente, mirando con ironía, los labios siempre entreabiertos. El talle es delgado y la silueta larga, muy larga, demasiado larga quizás, á causa de ese cuello enflaquecido y sin fin. Los grandes brazos fantasmagóricos, envueltos en la piel negra de los guantes, se cruzan ante el pecho con ademán de ingenuidad. La canción comienza.

Comienza con lentitud monótona, más que cantada hablada, salmodiada, mejor dicho, entre el rumor modesto de los violines que parecen querer esconder sus sonoridades para dejar al instrumento humano toda la supremacía de su encanto... Comienza sin acción, sin brillantez, casi sin carácter:

Vrai, d'te savoir comm'ça sans l'sou,
Je m'fais eun bile!
T'es capab' de faire un sal' coup,
J'suis pas tranquille.
T'as trop d'fierté pour ramasser
Des bouts d'cigare,
Pendant tout l'temps que j'vas passer,
A Saint-Lazare.

Poco á poco las entonaciones significativas se acentúan, subrayando, con impertinencia de chiquilla viciosa, las frases crueles, dando vida á las imágenes perversas, haciendo adivinar las malicias misteriosas, obscenas y tristes:

Va-t'en trouver la grand'Nana,
Dis que j'la prie
D'casquer pour moi; j'y rendrai ça
A ma sortie.
Surtout, n'y fais pas d'boniments.
Pendant qu'je m'marre,
Et que j'bois des médicaments,
A Saint-Lazare.

Al fin viene el estribillo, y entonces, con un movimiento de los brazos extraño, con un gesto de los labios, con una nota más aguda, más estridente, más seca que las anteriores, toda la « canallería » del deseo surge en rápido vuelo, mientras la orquesta continúa, durante breves instantes, acompañando el eco ideológico y la malicia ya expresada:

J'finis ma lettre en t'embrassant.
Adieu, mon homme!
Malgré qu'tu soy'pas caressant,
Ah! j't'ador'comme
J'adorais l'bon Dieu, chez papa,
Quand j'étais p'tite,
Et qu'j'allais communier à
Saint-Marguerite.

Ante los payasos que vienen en seguida, y las bailarinas que vienen después, y los monogolistas que aparecen más tarde, la impresión desaparece. Pero luego, una semana, un mes transcurrido, mientras pantomimas, danzas y recitados se funden en la vaguedad pintoresca de un recuerdo de feria, la larga silueta de Ivette Guilbert se destaca de nuevo ante la visión, completa, perversa, obsesionante.

Admirable en la escena, como evocadora de visiones intensas y malsanas, Ivette Guilbert no ha sido,

en la vida misma, una figura simpática. Con alma de madre de familia y corazón de negociante, sus ideales se han reducido á la tranquilidad y al oro. En su leyenda, ninguna locura generosa, ningún deseo vibrante, ninguna de esas pasiones que hacen de las Clarisas y de las Alices criaturas especiales y adorables curiosas, sin vicio y frívolas sin maldad.

Antes de ser actriz, Ivette había sido *demoiselle de magasin*, y de su vida de comerciante conservó siempre el respeto supersticioso de la opinión de su barrio, y el amor de la economía.

Para no verse obligada á pagar á los cancioneros sus derechos de autores, comenzó cantando romanzas antiguas, de poetas muertos, y luego, al modernizar su repertorio, se arregló de manera que todos los beneficios fueran para ella. Un pobre poeta sin fortuna, que es al mismo tiempo tabernero en la avenida de la Bourdonnais, le hacía cada semana una cancioncilla nueva, por cuya letra y música la artista pagaba cincuenta francos.

Un día un escultor de verdadero talento le regaló un busto de mármol. Ivette vendió el busto.

Pero todo esto no tiene que ver con el arte. En el arte, un arte especial é inferior, fué admirable.

...¿Fué? Sí; puesto que acaba de morir para el teatro. Se ha casado con un negociante millonario de Chicago, y de hoy más se llamará Madama Schyller.

¡Que el puerco salado le sea leve!

*
*
*

MIÉRCOLES. — En Olimpia.

« Para enamorarse de alguien — decía Sthendal — es necesario parecerse á él. »

Las ciudades modernas, y especialmente las tres más grandes y más ricas. París, Londres, Viena, se sienten hoy atraídas de un modo irresistible por las civilizaciones agonizantes de la antigüedad, y tratan de reconstituír, en evocaciones apasionadas, las orgías muertas de Nínive, de Bizancio, de Roma, de Venecia, de Florencia.

Todos, ó casi todos los libros franceses que han llamado la atención durante estos últimos años, son, en efecto, libros « históricos » en la acepción moderna y artística de la palabra. *Thaïs* es la virtud antigua y *Afrodita* el vicio antiguo. En las obras de Lombard los postreros días de Bizancio aparecen y Heliogábalo revive. La *Orgía* nos habla de Roma, y de sus efebos vendedores de caricias. La *Nichina* es un fresco adorable de la Venecia del Tiépolo.

Lo mismo que de la novela podría decirse del teatro y de la pintura, en donde los grandes cuadros decorativos de los Rochegrosse triunfan al mismo tiempo que los dramas nostálgicos de Lorrain y de Silvestre.

Entre estas evocaciones de un pasado lejano y pintoresco, la más significativa á causa de su popularidad, es el *Sardanápalo* de Choubrac, drama terrible y silencioso, en el cual aparece toda el alma indolente y cruel de los últimos reyes asirios, en-

carnada en el pobre príncipe asiático, que supo morir *en belleza* enterrándose en cenizas de oro.

Je suis l'Empire à la fin de la Décadence,
Qui regarde venir les grands barbares blancs,
En composant des acrostiches indolents
En un stile d'or ou la lumière du soleil danse....

.... Él es, en efecto, más que nadie y mejor que nadie, el Imperio al final de la Decadencia; él cree reinar en un país de ensueño, y no considera su augusta posición sino como un medio para lograr todos los goces humanos.

Su ser es inconsciente y sencillo. Ninguna locura atormenta su cerebro; ninguna curiosidad complicada preocupa su espíritu. Sus deseos no despiertan sino ante la realidad misma, y sus refinamientos son siempre exceso de lujo, sin preocupación de realizar novedades. Nunca inventa nada en el dominio de los placeres. Como poeta de la voluptuosidad, es inferior al divino Heliogábalo y al triste Nerón. Sólo su muerte es grandiosa y rara; sólo su muerte le pertenece; su obra maestra y única es su muerte.

Mientras Sardanápalo preside la orgía, muellemente recostado en su lecho de flores y de cabelleras rubias, á lo lejos, el pueblo se amotina. Los príncipes rivales invaden el imperio á la cabeza de cuatrocientos mil bárbaros, á quienes la paz laboriosa y prolongada, propicia á la voluptuosidad y á la mollicie, les inspira horror y desprecio. La masa inmensa y brutal quiere la guerra, aspira á la acción, sueña en conquistas y en matanzas, con su fuerte voluntad de bestia encadenada.

El rey, al contrario, desea la paz; y cuando se decide á luchar, es únicamente por deber, sin entusiasmo y sin gran deseo de triunfo. En las primeras batallas, sus huestes vencen. Todo el mundo cree en su triunfo.... todo el mundo menos él que renuncia á la pelea, y vuelve á su palacio donde las esclavas sumisas le esperan.

La orgía comienza de nuevo.

Las tropas enemigas marchan, se acercan... Ya llegan.

No importa. Con la copa en la mano, Sardanápalo las espera sin pensar en nuevas luchas, resignado, dispuesto á morir.

Un instante más, y el rey será prisionero.

¿Prisionero? No, Sardanápalo no quiere ser prisionero; y para escapar á la humillación, enciende una hoguera inmensa y perece en ella con sus mujeres y sus tesoros....

.... ¡Y este acto admirable es, según los profesores de historia, la suprema cobardía de un príncipe loco!

*
* *

DOMINGO. — Ayer se abrió la Exposición anual de pintores franceses.

Las parisienses enguantadas de Carolus Duran, las aristocráticas de Fantin Latour, las simbólicas de Aman Jean, las cosmopolitas de Gándara, todas las parisienses, en fin, sonríen en sus marcos de oro ante los visitantes extranjeros.

Si yo quisiera, no obstante, formarme una idea justa de la belleza parisiense, en vez de encerrarme en el Palacio de las Máquinas, iríame por las calles de Lutecia una de estas mañanas, cuando el sol primavera que no ha bajado hasta el asfalto de las aceras se entretiene aún en dorar las cabelleras rubias de los carteles artísticos; y sin catálogos, ni guías, admiraría el genio modesto de los verdaderos pintores de sonrisas parisienses en el vasto Museo que sus obras efímeras forman al aire libre sobre los muros grises.

Anunciando petróleos y vinos de quina, ponches y jabones, Jules Cheret ha pintado una galería completa de parisienses artísticas y lujosas. Sus modelos salen de los bailes públicos, de los teatros á la moda, de los almacenes de flores y de los templos de Citerea. Sus mujeres, como las del Tiépolo, son aladas, y para calificarlas gráficamente, ninguna frase es tan bella como el célebre « ramillete con alas » de Calderón.

Aquella rubia de formas delicadísimas, de brazos turgentes y de pie breve, envuelta en las más lujosas telas, que va á horcajadas en una botella de Champaña, parece una bailarina de la Olimpia; la otra, más joven, más delgada, más ligera, de grandes ojos de violeta, de cabellera rojiza flotando cual una oriflama, vestida de amazona fin de siglo, de amazona ideal, de domadora de minúsculos hipógri-fos de acero, esbelta cual un húsar de cortejo de Offenbach, con las medias de seda negra muy estiradas, con los pantaloncillos púrpura, de corte árabe y el *bolero* tallado como un corsé multicolor; la biclista que ofrece una nueva bicicleta, en fin, es la

princesa moderna, la mosca de oro que nace en cualquier guardilla, la flor de la calle, la alucinadora de las grandes capitales que, sin título ninguno, sin verdadera belleza, con el único poder de una sonrisa atrayente y de una mirada extraña, domina al pueblo de los noctámbulos. Se llama Naná, Lulú ó Sapho. Detrás de ella, en carteles encarnados ó amarillos, llevando frascos con vistosas etiquetas, saltando sobre las letras llamativas de un rótulo de máquinas de coser, sirviendo siempre de anuncios vivos, van sus hermanas las bailarinas de la Ópera, las hijas de madama Cardinal, las Cordis, las Mauri, las Merode, meciéndose en el espacio luminoso, bajo las luces policromas del escenario, sobre un fondo móvil de pecheras aristocráticas, de chisteras ladeadas y de monóculos impecables.

La mujer de Cheret es la heroína de la eterna fiesta parisiense.

En seguida, en carteles más sobrios de color, más correctos de dibujo y que no producen la impresión de frescos tiepolianos, sino de estampas modernas, andando lentamente en un paisaje urbano hecho de aceras uniformes y de grandes casas de seis pisos, aparece la parisiense de Forain. Algo masculina en el traje, con sus faldas inglesas á la moda *tailleur* y sus camisas almidonadas, algo dura al sonreír con labios de esfinge, es femenina únicamente por la coquetería del tocado y la ondulación de las caderas. En ella, ninguna locura visible. Es la burguesita que acaba de casarse con un caballero rico, y que corre, de tienda en tienda, buscando un par de guantes, antes de correr de tertulia en tertulia esperando una aventura discreta. Al volver á su

casa de muñeca, como Nora encontrará á su Oswald, que casi siempre es un judío exministro ó senador, pálido y descompuesto, quemando papeles secretos para escapar á las pesquisas de un Panamá ó de una *affaire* antipatriótica. Es la parisiense sin nombre y sin historia, cuyas fantasías se desarrollan en el misterio de un barrio ó en el secreto de su propia alma hermética; la parisiense desconocida de los extranjeros, la dama velada del coche de alquiler, la que, después de ser mademoiselle Luisa ó Laura en un convento provinciano, se convierte en madame Bovary ó en madame Levy y que termina su vida defendiéndose contra la vejez, como todas las viudas casaderas y acomodadas.

La parisiense de Alberto Guillaume, que en carteles verde pálido, rosa tierno, azul celeste, sirve de *reclame* á los restaurants á la moda, á los teatros del boulevard, á las modistas « de alto tono » y á los perfumistas de lujo, es un traje divino con una muñeca dentro. Su nombre está escrito con un diamante en la luna de los espejos de los gabinetes particulares: Laura de Pibrac, Ninón de Golconda, duquesa de Walter, marquesa de Tours. Siempre es noble, á pesar de haber nacido en un cuchitril de porteros. Es noble, y apenas sabe leer y escribir. Las olas de encaje que surgen bajo su falda cuando sube en su *coupé*, es lo único que en ella es auténtico. Su cabellera rizada, peinada con singular fantasía, es ó muy negra ó muy rubia, gracias á los progresos de la química aplicada á los cosméticos. No tiene nada de artista: el teatro la aburre, los poetas la hacen reír, los cuadros serios la parecen chistosos. Habla con frases hechas, sin grandes ademanes para que sus

mangas no estallen. Su opinión sobre los hombres no varía nunca: « Son unos tontos », dice sonriendo con sus labios adorablemente pintados. Ella, en cambio, es el animal más bonito de la creación. Después de ella viene el gato.

Á Stenlein le bastan tres colores para sus carteles: el encarnado que palpita en los labios, que se atenúa sobre el blanco para hacer el color de las cabelleras, que constela de tenues reflejos las mejillas; el negro de los contornos y de las faldas; el azul de los ojos, de los talles, del ramillete humildísimo prendido al pecho. Su parisiense es la obrerita que va al taller con una caja de cartón bajo el brazo, modesta y coqueta, ligera cual un pájaro, mal calzada, sin guantes y sin joyas, haciendo únicamente lucir el esmalte de los dientes blanquísimos, las turquesas de las pupilas, el raso de la piel. Cuando no es la obrera es la cantadora de los conciertos populares, la chica alta, garbosa, mal vestida, sin sombrero, con el pecho envuelto en un abrigo de lana gris, con la invariable falda negra de las « humildes », con la expresión canallesca de los suburbios populosos, en donde los obreros sólo pueden ser liberales el sábado después de la paga. Pero obrerita ó musa de barrio bajo, siempre es la misma. Es la parisiense de Stenlein, la parisiense del pueblo, la muchacha alegre é ingeniosa que, con dos retazos de tarlatana, se hace un traje precioso para ir á merendar los domingos bajo los árboles del parque de Saint-Cloud, y que con una naricilla muy corta, una boca muy grande, dos ojos muy elocuentes y una inmensa madeja de cabellos castaños, se compone un palmito delicioso cual una sonrisa.

La parisiense de los carteles de Leandre es la *esteta*, la que se peina á la Botticeli, la que tiene relaciones con los literatos ilustres, la que tutea á Cormon y visita á Falguière. Flor artificial...

Flor natural, en cambio, y en París enteramente indígena, sin parecido en ninguna otra parte, la chica de Willette, la colombina frívola, frágil, delgada y menuda, con grandes ojos y pequeñísimas manos, que lo dice todo con el gesto, que lo sabe todo por intuición, que después de llevar un traje humilde con humildad, lleva, cual una duquesa, un traje riquísimo; que lo es todo y no es nada, que va al viento que la lleva, sonriendo siempre, esperando siempre, á veces sin cenar, á veces con un portamonedas lleno de sonoros luses de oro; que se burla de Pierrot queriéndole mucho, que da un beso á Polichinela sin quererle; que es alegre, que es vivaracha, que canta como los pájaros, que es multiforme como su alma, fina como sus tobillos, imprevisora como las hijas de Murger, bonita como las pastoras de Watteau; que canta, que ondula, que es caprichosa y sentimental, y que, después de haber matado muchos corazones, se suicida en su bohardilla con un brasero, porque Pierrot ha tenido el atrevimiento criminal de regalar una rosa á Clitaura.

*
* *

LUNES. — En la taberna turca de la rue Cadet, en compañía de Manuel Machado que me habla con nostálgico entusiasmo de las gitanas de su tierra;

en la taberna turca de París, que por lo estrecha y por lo obscura, me hace pensar en las tabernas de Madrid donde hace ya mucho tiempo comíamos y bebíamos — bebíamos sobre todo — Antonio Palomero, Valle Inclán, Orts Ramos, Rubén Darío, otros cuantos poetas y yo; en la taberna turca de la señora Luna, entre judíos de sórdido aspecto y francos árabes sonrientes y perezosos, esperando un kiebab, un pilaf y un raki, admirando á la morena albanesa que sirve sin prisa grandes raciones de cuscús y que al pasar entre las mesitas llenas de parroquianos, sonríe con pasividad al sentir que todos la acarician las turgentes caderas; en la taberna turca, desde hace media hora, esperando y exasperándonos, sin lograr que se no sirva...

Al fin Machado pierde la paciencia y grita en español. La señora Luna se llega á nosotros y, en español también, nos ruega que aguardemos.

— ¡ Usted habla español ?

— Aquí — responde la tabernera — todos hablamos español de Constantinopla (!).

Y es cierto. Los judíos de caras grasientas que comen de un modo glotón á nuestra izquierda, y los nobles árabes que á nuestra derecha toman café; los de este extremo y los de mas allá, todos los *clientes* de la casa, en fin, se expresan en una lengua gutural y sonora que casi es castellano.

Al fin nos dan de comer. El *pilaf* es arroz á la valenciana; el *kiebab* es un estofado á la madrileña; el *raki* es una especie de anís del mono, más mono aún, más fino, más metálico de sabor, más ligero y menos empalagoso sobre todo.

A la segunda copa nos sentimos ya en plena Es-

paña, en una taberna de Madrid. Lo único que nos falta es Valle Inclán el principesco, Palomero el ingenioso, Orts Ramos el sutil y el callado Rubén Darío...

...¡Ah!... Y las judías... « ¡Una ración para cinco! »

*
* *

MARTES. — Día de lluvia de y esplin, día sin luz, día sin nervios, triste día de invierno londonense, lleno de lodo y de fastidio. Todo parece lejano. Por la calle los hombres pasan, bajo los paraguas, como sombras chinas, ridículos y lamentables... Las mujeres pasan, por las calles, arremangándose las faldas hasta las rodillas, y dejando al aire libre las medias negras llenas de manchas grises.

No salgo. Y para huir de la tristeza de mi alma, en la cual, según la frase verleniana, llueve también cual en la calle, me encierro en mi casa y principio á leer *Alma Contemporánea*, el admirable estudio de estética moderna de José María Llanas Aguilaniedo.

Llanas Aguilaniedo es un chico de veinticinco años apenas, cuya cultura es muy superior á la de Balart, y cuyo cerebro me parece más sólido que el de Unamuno. Yo le conocí en Madrid, un día para él inolvidable: el lunes en que Clarín, desde Oviedo, se sirvió descubrirle y darle consejos.

— Verá usted — me decía Llanas. — Para mi ningún elogio vale entre nosotros tanto como el del Maestro.

Y en su acento emocionado, se sentía la mayúscula de esta última palabra: ¡El Maestro!

Alma Contemporánea es un libro que todos esperábamos desde hace tiempo. Yo lo esperaba de Martínez Ruiz; otros lo esperaban de Pompeyo Gener; muy pocos de Clarín. Llanas nos lo ha dado. Y yo me alegro de que sea Llanas quien nos lo ha dado... Me alegro por Llanas y me alegro por la cultura española.

*
* *

JUEVES. — Don Emilio Castelar ha muerto. Para nosotros los jóvenes, había muerto desde hace muchísimos años, casi al mismo tiempo que aquellos unctuosos Corteses y Pachecos que entusiasmaron á nuestros padres con los largos párrafos de corte eclesiástico y de alma adiposa de sus discursos.

*
* *

SÁBADO. — En casa del vizconde Gabriel de Lautrec, el poeta delicado de los versos á Scila, el exquisito cincelador de verdaderas prosas profanas, de prosas breves y definitivas, ánforas por la línea, diamantes por el brillo, poemas por el ritmo.

En un extremo del salón, Scila sonríe recostada en una butaca de seda blanca... Sonríe y sus labios irónicos forman el más inquietante contraste con las dos brasas negras que iluminan su rostro de mado-

na, su rostro casi virginal de imagen primitiva, su fino rostro enigmático y alucinador.

¡Scila la morena! En otro tiempo fué la musa del Barrio Latino, la inspiradora de inocentes rondales, la sugestionadora de sueños pecaminosos, la chiquilla alegre y ligera cuyos ojos y cuyos labios turbaban á los adolescentes en sus largas noches estudiosas.

¡Scila la morena! En el baile del Fin de Siècle, organizado según creo por el *Courrier Français* en 1893, fué la ninfa loca que apareció completamente desnuda, en la apoteosis de su divina blancura, para provocar el motín célebre que hizo una crisis seria y que provocó un cambio en la organización de la policía parisiense.

¡Scila la morena!

... Hoy, más bella que nunca pero ya muy calmada, se consagra al arte y *hace* pintura, y *hace* música y recita, con voz harmónica y grave, sin ademanes, sin emoción exterior, siempre inmóvil y hierática, las estrofas que de Lautrec compone en honor de su hermosura, de su gracia, de su ingenio.

¡Scila la morena!...

* * *

LUNES. — Acaba de morir Paul Bonnetain; Paul Bonnetain, el autor de *Charlot s'amuse*, el creador inconsciente del Narciso de la decadencia, del tipo enfermizo y vanidoso que por amor de sí mismo huye de la mujer y se refugia en los goces solitarios, el contrando, al fin, la muerte, como su abuelo de la

leyenda griega, en la fuente voluptuosa que le revela su propio encanto sensual; Paul Bonnetain, el autor de la célebre protesta contra el naturalismo, el renegado de la literatura moderna, el hijo pródigo de Zola, el hermano enemigo de Rosny y de Descaves, de Maupassant y de Alexis; Paul Bonnetain que fué acusado como inmoral por los Fiscales del Gobierno, y que, al defender sus propios derechos artísticos, hizo la más elocuente defensa de la libertad literaria; Paul Bonnetain, el gran pintor del mar y del cielo, el admirable historiador de los vicios secretos, el buen novelista, en fin... Y lo más triste es que ha muerto en una colonia francesa á donde había ido como empleado para ganar su pan y el pan de su hijos.

Porque en París, como en Madrid, como en Londres, como en la China, el artista que no es al mismo tiempo comerciante, no logra fácilmente sacar el pan del tintero. Don Juan Valera se queja de que *Pepita Jiménez* no le haya producido ni aun con que comprar un traje de mujer, y habla de su patria como de « un país dejado de la mano de Dios » á causa de lo poco que sus *Juanitas las largas* se venden, sin pensar en que Barbey d'Aurevilly, Baudelaire y Verlaine, al lado de los cuales todos los Valeras de la tierra desaparecen, tampoco consiguieron, en Francia, vivir de sus obras.

Yo fui un día á ver á Bonnetain para escribir sobre él un artículo de intimidades, pero me recibió de tan mala manera, que no salí de su casa con ganas de elogiarle.

— ¿Qué quiere usted? — me dijo. — ¿Datos relativos á mis amigos y á mi? Pues aquí están: Yo

soy el primer escritor del mundo; luego vienen, por orden de intimidad, mis amigos, comenzando por Zola á quien muchas veces he tenido el gusto de calumniar, y acabando por Descaves, á quien le debo unos cien francos... Los demás, de Homero á Richepin, son uno memos...

*
* *

MIÉRCOLES. — La actualidad es una cosa muy triste: ayer murió Bonnetain; hoy Toulouse de Lautrec ha sido encerrado en un manicomio.

Toulouse de Lautrec fué el pintor del vicio humilde, de los bailes públicos, de la carne de alquiler, del pecado barato, de la mujer-instrumento, sin voluntad, sin esperanzas, casi sin deseos, de la vendedora de caricias infames, de la *vache* como en francés se dice. Su obra maestra es un retrato de la Goulue, la célebre bailadora del Moulin Rouge y del Moulin de la Galette.

De pie en medio de una sala de fiesta popular, con la falda arremangada hasta el vientre y la pierna al aire libre, diríase que esa mujer medita en algo de siniestro y de obsceno. Su boea muy grande y muy roja, sus pómulos salientes y sonrosados, su estrechísima frente, su palidez artificial de cremas blancas, sus ojeras hechas con un lápiz azul, todas sus facciones, en fin, y aun algo que es más que las facciones, algo de interior y de secreto, un reflejo de su alma luciendo en la claridad fría de sus pupilas, delatan en ella á la vendedora de amor vicioso, á la Venus del arroyo, á la tentadora nocturna cuyo paso

monótono hace crujir, en las noches sin luna, las hojas secas de los jardines públicos, y cuyas manos doctas en los más bajos ejercicios eróticos, suelen también teñirse en sangre en los instantes de exasperación ó de miseria.

Para buscar modelos, Toulouse de Lautrec, noble, rico y célebre, pasaba su vida en las casas de tolerancia, comiendo á manteles con las más asquerosas Olímpias ó con las más innobles Carmencitas, haciendo caricaturas del « ama » para divertir á « las chicas », siendo, en fin, como él mismo lo decía, « de la familia ».

¡ Pobre Toulouse de Lautrec !

*
* *

JUEVES. — Gabriel D'Annunzio no debe de estar contento. La gloria de Rudyard Kipling hace palidecer su gloria, y ya no toda la admiración que los parisienses consagran á las obras extranjeras es para él.

Kipling ha descubierto una nueva forma novelesca, que podría llamarse « la psicología animal », y en vez de descubrirnos, como Bourget, los escrúpulos de las marquesas que están para caer, nos ofrece el cuadro de los estados de alma de los tigres, de los leones y de las focas, antes de lanzarse á grandes empresas.

« Kipling — dice Brisson — ha conseguido llegar á producirnos la ilusión de que las fieras son hermanas nuestras. En efecto, encerrándonos en una atmósfera animal, obliganos á sentir y á reflexionar